

---

Rubén Bonifaz Nuño

---

# Homenaje a Edmundo O'Gorman

---

Desde hace mucho tiempo, Cristóbal Colón ha sido para mí un personaje más bien repugnante que atractivo.

Aparte de que resulta, por azar o por destino, el principio original de nuestra miserable condición de hombres colonizados, su desmesurada ambición de poder material, de bienes de fortuna, lo aleja a cósmicas distancias de lo que considero el ideal humano.

En otra parte, dije recientemente que en el lugar del Paseo de la Reforma que hoy ocupa su monumento, yo vería como legítima gloria nuestra el de Caonabo, aquel capitán indio que destruyó por las armas y el fuego la primera fundación colonial padecida por América, aquel Fuerte de la Navidad edificado por Colón, y además dio muerte a los treinta y tantos ladrones, violadores y asesinos españoles que a cargo de dicho fuerte quedaron.

Con todo eso, la figura de Colón, merced a la exposición que a propósito de él presenta el Instituto de Investigaciones Bibliográficas, se me vuelve ahora positiva porque me da un nuevo pretexto para hablar de mi maestro Edmundo O'Gorman, en cuyo honor tal exposición se consagra.

Siempre he considerado maestro mío a Edmundo O'Gorman; no sé si alguna vez él me ha distinguido teniéndome por su discípulo. Como sea, de continuo he encontrado yo en su persona y sus trabajos ejemplos luminosos que he intentado seguir.

Veo en él, así, una alianza de virtudes que a menudo se presentan como contrarias: la pasión y la inteligencia; esto es, la materia espiritual y orgánica en explosión, y la norma racional que gobierna tal explosión, las afina y dirige hacia un punto preciso y determinado.

Poderosa condición del hombre es la pasión; en ella se manifiesta el vigor de la vida que aspira a ser ilimitada; pero esa misma ilimitación le reduce la posibilidad de llevar al hombre que la posee a la consecución de una finalidad exacta.

Por su parte, la inteligencia, como mero instrumento que es, por aguda y penetrante que sea carece, a mi ver, de toda eficacia si se aparta de la vida. Se convierte en solamente herramienta de abstracción que analiza el vacío.

Hombre de grandes pasiones es Edmundo O'Gorman; en su interior se agita sin tregua un hervor de impulsiones entre las

cuales, por cierto, la sensualidad tiene no pequeña parte.

En perpetuo movimiento interior, sus pasiones lo determinarían si pudieran hacerlo, empujándolo al desorden y la desmesura. Pero Edmundo O'Gorman es también hombre de exigentísima inteligencia. Por medio de ella conoce y se conoce. Investiga sus propias pasiones y las pasiones de los demás.

Amador pasional de la vida, la analiza con su inteligencia, la comprende, la expresa. Y su inteligencia se vivifica y, de instrumento de análisis, se convierte en principio de salvación.

Algo más, en apoyo de lo anterior: cuando estudio las obras de Edmundo O'Gorman y procuro penetrar sus procedimientos de expresión —no hablo de estilo; en este aspecto lo llamé alguna vez perfecto hombre de letras—, me encuentro con que su pensamiento, por encima y como base de su índole filosófica o histórica, es de jurista.

Devoto estudiante de Derecho, que he sido y soy, juzgo que la forma jurídica del pensamiento es superior a todas las demás.

En su manera de exposición, los escritos de Edmundo O'Gorman siguen el modo de los alegatos jurídicos. Pero en ellos se advierte que él no pretende fundamentalmente vencer al contrario, sino buscar la verdad. Y su pericia y su rectitud lo llevan a encontrarla.

Natural, de acuerdo con lo que antes dije, es en Edmundo O'Gorman esta manera de pensamiento: en última instancia, la norma jurídica es el dictado de la razón que trata de fijar límites a los excesos de la pasión humana.

Aspirante a aprendiz del maestro Edmundo O'Gorman, entre otras cosas en el arte del propio gobierno, aprovecho para reiterarle mi admiración y mis devotos afectos, el pretexto que me ofrece esta exposición bibliográfica relacionada con Cristóbal Colón, detestable personaje que careció siempre del conocimiento de ese arte.

Despreciador del poder y los bienes materiales, Edmundo O'Gorman nos propone con su vida y sus obras el ejemplo contrario. El ideal del hombre que se cumple a sí mismo al darse a los otros en ejercicio de un poder superior: el que se alumbra y crece de la permanente dedicación al deseable y humilde oficio del magisterio. ◇